

Sin este lenguaje, digno del pueblo francés, los rigores del estado de sitio habrían desolado á México entero, y los americanos, prontos á atravesar por segunda vez * la frontera del Rio Bravo, venían á provocar la bandera tricolor, que nuestro ejército, ménos paciente que nuestra política, no habría dejado insultar.

* Los americanos negros se habían apoderado hacia algunos meses de Bagdad, ocupado por los imperialistas, y lo habían evacuado despues de haberlo saqueado. Bagdad había sido recobrado por los franceses.—(N. del A.)

XII.

En los momentos en que el mariscal Bazaine operaba en el Norte de México para levantar la causa imperialista, y contestaba al emperador Maximiliano que no podía aprobar se pusiese todo el territorio en estado de sitio, el vapor de la compañía trasatlántica *Emperatriz Eugenia*, izando pabellon imperial, desembarcaba repentinamente á la soberana de México en el puerto de Saint-Nazaire el 8 de Agosto de 1866, en la mañana. La sorpresa de las autoridades locales, que se apresuraron á avisar este acontecimiento á Paris, fué menor aún que la de la corte de las Tullerías. Nuestro gobierno estaba muy lejos de esperar una visita, cuyo anuncio, como se recordará, causó una grande emocion en nuestra capital. Porque la opinion pública presentia ya misteriosos incidentes en este drama mexicano, cuyas situaciones se complicaban mas y mas. La víspera de este desembarco, el *Memorial diplomático* y ciertas publicaciones que se sabia que tomaban su inspiracion en las regiones oficiales, acababan de protestar, diciendo “que estaban autorizados para denunciar como una insigne calumnia la sola suposicion de que la emperatriz Carlota pudiera estar en camino para Europa.”

Cuando el pequeño vapor anexo de la compañía, el *Belle-Ile*, llevando á bordo á la emperatriz Carlota, atravesaba la rada, la estacada se cubria de curiosos y de empleados que habian acudido violentamente. La multitud era tanto mas compacta, cuanto que en aquellos momentos se hacia á la vela el pailebot nuevo *El Nuevo Mundo*, con destino á Aspinwall. La jóven soberana era el objeto de todas las miradas: parecia triste, y su trage de duelo hacia resaltar mas su actitud meditabunda. En torno suyo se agolpaban el general Almonte, que habia ido á recibir á la hija del rey Leopoldo, Martin Castillo, su ministro de negocios estranjeros, algunas damas de honor, sus chambelanes, el conde de Bomballes y muchos oficiales de su casa. No se habia hecho preparativo alguno para recibirla. Un carruaje de alquiler la condujo al hotel Bely. Sus criados, mexicanos con anchos sombreros con toquillas de oro, y con sus vestidos llenos de botonaduras de plata, hicieron sensacion en Saint-Nazaire al desembarcar.

Apenas hubo llegado á tierra, cuando espresó la emperatriz su deseo de viajar de incógnito, y rehusó pedir hospitalidad á la corte de las Tullerías. Mientras llegaba la hora de la partida, que tuvo lugar á las cuatro de la tarde, la augusta viajera visitó el puerto. Su marcha era firme: los saludos que dirijia á la multitud respetuosa eran periódicos. Su rostro llevaba la impresion de crueles preocupaciones duplicada por una fatiga extrema; sus ojos brillaban ya con el fuego de la fiebre. La travesía habia estropeado fuertemente á la jóven emperatriz, porque habiéndose instalado en la popa del navío, por haberlo deseado así para estar mas aislada, no habia podido encontrar reposo en su sueño por la trepidacion continua de la máquina. Al dia siguiente llegaba á Paris y descendia en el Gran Hotel. A medida que se aproximaba el término del viaje, se desarrollaba su exaltacion. La familia imperial se encontraba

entonces en el palacio de Saint-Cloud; la soberana pidió que se pusiese á su disposicion un carruaje de la corte, y reclamó de Napoleon III una entrevista inmediatamente. En el intermedio recibió una visita de M. Drouyn de Lhuys, y pasó una parte del dia conversando con este ministro. Aunque el emperador contestó que estaba indispuerto y que sentia no poder recibirla, la emperatriz Carlota no aceptó aquella dilacion, y al dia siguiente se dirijió á palacio.

Sus instancias fueron tan vivas, que al fin consintió Napoleon en recibirla. Entónces espuso la emperatriz las pretensiones de Maximiliano, que reclamaba aún de la Francia nuevos socorros financieros y militares. La conferencia fué larga y violenta, llena por ambas partes de recriminaciones que concluyeron por cambiar el carácter de aquellas esplicaciones. La emperatriz, viendo desplomarse poco á poco todo el cúmulo de esperanzas que su imaginacion ardiente se habia complacido en levantar desde su salida de Chapultepec hasta que pisó el suelo de Saint-Cloud, sintiendo que su cetro se rompía en su mano, se dejó arrebatar de su indignacion. Despues de haber enumerado sus quejas, la hija del rey Leopoldo llegó á comprender, aunque muy tarde, que habia cometido una falta al olvidar, aceptando un trono de la munificencia de un Napoleon, que habia salido de la sangre de Orleans.¹ De esta escena del palacio de Saint-Cloud puede datar realmente la locura de esta interesante princesa, cuya razon iba pronto á desvanecerse juntamente con sus esperanzas. Apenas tuvo fuerza para arrastrarse desde Paris hasta el Vaticano, para caer delirante á los piés del Santo Padre, á quien venia á pedir apoyo y consuelos.²

¹ Despues de la entrevista de Saint-Cloud, la misma emperatriz Carlota dió la relacion de su entrevista con el emperador Napoleon.—(N. del A.)

² El *Monitor* del dia 8 de Setiembre, publicó la siguiente nota:
En un artículo relativo á México, publicado por la *Revista Contemporánea* del

Los Estados-Unidos no habian perdido por un momento de vista el viaje de la emperatriz Carlota ni los actos de la política francesa, á la cual Seward, sub-secretario de Estado americano, no cesaba de imprimir desde Washington, una impulsión capaz á la vez de satisfacer las tendencias republicanas del congreso, y de desarmar á los enemigos del presidente Johnson, acusado de ser débil contra la Francia. M. John Hay, encargado de negocios *ad interim* en Paris, escribia á M. Seward:

“Paris, Agosto 10 de 1866.

“Señor:

“Recientemente han aparecido en los periódicos de París algunos párrafos anunciando la salida de México de la mujer del archiduque Maximiliano. Estas noticias naturalmente han dado lugar á apreciaciones en general desfavorables á la causa imperial en México. Para poner un término á estas reflexiones injuriosas, el *Memorial* y el *País* han desmentido estos rumores.

“Ayer, con gran confusion de estos amigos tan empeñados en lo que afirmaban, y tan llenos de indignacion, *la señora en cuestion* ha llegado á Paris y se ha alojado en el Gran Hotel.

“Se han deducido las mas fatales conclusiones de esta visita, sobre todo por los que han tenido la desgracia de haber especulado fuertemente con el empréstito mexicano. Se considera generalmente como el supremo y último es-

“ 19 de Setiembre, M. de Kératry cuenta que en Saint-Cloud hubo conversaciones
“estremadamente vivas entre la emperatriz Carlota y el emperador.

“Esta aseveracion es absolutamente contraria á la verdad.”
Véase la respuesta del autor en las *Piezas justificativas*, al fin de la obra.—(N. del A.)

fuerzo para obtener con la influencia personal los socorros indispensables al imperio mexicano, que se rehusaron á sus representantes diplomáticos acreditados.

JOHN HAY.”

Los términos de esta nota diplomática, dejaban mucho que desear bajo el punto de vista de la cortesía. El 17 de Agosto, M. Hay daba cuenta de la visita de la emperatriz Carlota á Saint-Cloud, en los términos siguientes:

“Paris, 17 de Agosto de 1866.

“Señor:

“Por consejo de M. Bigelow, que ha ido á Ems por algunos dias con su familia, he ido ayer al ministerio de relaciones. He hablado con S. E. sobre las noticias que generalmente circulan con motivo de la presencia de la emperatriz Carlota en Francia. Estas noticias anunciaban que la permanencia de Maximiliano en México, dependia de una modificacion en las resoluciones adoptadas por el gobierno francés, y anunciadas en las comunicaciones recientes de S. E. al marqués de Montholon y á M. Bigelow. Algunos periódicos aún daban á entender que la princesa habia llegado á obtener algun cambio en este programa. Pregunté al ministro si se habia hecho ó debia hacerse alguna modificacion de este género á la política imperial con respecto á México. M. Drouyn de Lhuys dijo “que no habia habido modificacion alguna á nuestra política, ni la habria: que haríamos lo que habiamos dicho que era nuestra intencion hacer.” “Naturalmente, agregó, hemos recibido á la emperatriz con cortesía y cordialidad, pero el plan decidido anteriormente por el gobierno y el emperador, se ejecutará.

JOHN HAY.”

A la hora en que la desesperacion y la locura de la emperatriz Carlota entristecian á la Europa entera, conmovida desde antes con el golpe que iba á herir á Maximiliano, en México se precipitaban los acontecimientos. El emperador, lleno de ceguedad, desencadenaba con sus propias manos la revolucion, dando un verdadero golpe de Estado. Derribaba á su propio ministerio, y en lugar de tratar de reclutar los consejeros de la corona entre todos los partidos, con objeto de apoyarse hábilmente en el país y en la opinion pública al aproximarse el tiempo de la evacuacion francesa, se arrojaba enteramente en brazos de la faccion ultramontana que lo habia seducido con sus intrigas y sus promesas. Los reaccionarios Lares, Marin, Campos y Tavera, entraron al nuevo consejo. El padre Fischer llegó á ser gefe del gabinete imperial, y los Sres. Osmont y Friant, uno gefe de Estado Mayor general, y otro intendente en gefe del ejército expedicionario, quedaban encargados definitivamente de las carteras de Guerra y Hacienda. El mariscal habia creído que debia prestar á Maximiliano el concurso pasajero de dichos Sres. Friant y Osmont, y les permitió lo auxiliara con sus luces durante un momento de crisis. La noticia de este golpe de Estado, que tuvo lugar en México el dia 26 de Julio, llegó muy tarde al cuartel general, cuya admiracion igualó al sentimiento. Porque la eleccion hecha por el emperador de un partido tan exajerado, se trocaba en una declaracion de guerra hecha á la gran mayoría de la nacion. Además, la introduccion solemne de dos oficiales franceses en los negocios públicos, estaba en contradiccion con las órdenes formales de nuestro gobierno, que prescribian no se interviniese en manera alguna en la direccion política del país. Por otra parte, era difícil, por interés mismo de nuestro ejército, que esos dos altos funcionarios pudiesen acumular los negocios de sus carteras con los cargos de sus empleos de gefe de Estado Mayor é intendente.

No era menos sensible que semejante decision hubiera sido tomada y ejecutada en México sin la anuencia del general en gefe, sobre todo cuando el soberano acababa de empuñar una nueva bandera.

La confianza acordada por Maximiliano al padre Fischer, que ha representado mas tarde un papel tan finesto, era deplorable bajo todos aspectos, y sin duda que la religiosidad del soberano se habria sorprendido si hubiese conocido la biografia de este antiguo luterano hecho católico. Agustin Fischer, de origen aleman, se habia agregado en 1845 á una partida de colonos que se dirigia á Tejas. No habiéndole producido esto resultado, se hizo pasante de notario, y fué á buscar oro á California. Pronto abjuró el antiguo colono su fé de protestante, se ordenó en México, y obtuvo el puesto de secretario del obispo de Durango. Despedido muy pronto del palacio episcopal por sus costumbres disolutas, fué recojido en Parras, en la casa del Sr. Sanchez Navarro, quien, seducido por las apariencias, lo presentó á Maximiliano. El padre Fischer, que está dotado de una rara inteligencia, no tardó en lograr que se le confiara una mision diplomática cerca del Santo Padre: sin embargo, se estrelló en Roma, y tuvo que volver á México. Apesar de todo, se aumentaba su crédito, y en aquellos momentos, la ambicion del secretario imperial no conocia límites, y codiciaba el obispado de Durango, uno de los beneficios eclesiásticos mas opulentos de México. El favor directo del soberano era un medio seguro de llegar al resultado. Pero la eleccion de este clérigo no era la mas á propósito para aplacar los espíritus y atraer á los disidentes.

¿Esperaba acaso Maximiliano dar así prendas al Papa, y conciliarse su gracia llamando un ministerio reaccionario, con solo el fin de facilitar las tentativas de la emperatriz Carlota? Esto es creible, sobre todo, si se evoca el recuerdo de su reciente viaje á Roma, y los compromisos que contra-

jo allí con el Santo Padre, así como también las aspiraciones de su juventud, tal como están espresadas en los *Cuadros de mi vida*, que acaban de publicarse en Leipzig, por orden personal de su hermano el emperador Francisco José. El archiduque era de un humor profundamente católico por instinto y por educación. Las tendencias de su devoción de príncipe de la sangre, lo arrastraban al misticismo, lo mismo que su orgullo por descender del gran Carlos V, lo hacía decir que nada era superior al derecho divino. Solo delante de este derecho inclinaba la cabeza el príncipe niño, esperando el momento de aceptar de un pretendido sufragio popular la corona entrevista sin cesar en sus sueños. Porque Maximiliano se creía predestinado; este es el secreto de haber emprendido esa aventura en México, que, como se verá más tarde, no era en su pensamiento el término de sus esperanzas. Atendiendo á sus aspiraciones religiosas, que se exaltaron sin duda durante su visita á la Santa Sede, era fácil comprender, aunque en nuestro juicio esto hubiera sido impolítico, que desde que tomó posesión del trono, Maximiliano hubiese abrazado radicalmente la causa clerical, luchando francamente desde el principio contra el movimiento liberal. Siempre puede creerse que entonces se hubiera seguido una guerra sin cuartel, tan desastrosa para la dignidad del trono, como incompatible con nuestra propia bandera; porque si el clero francés es el primero en dar grandes ejemplos á ambos mundos, el de México, con pocas excepciones, está corrompido por el abuso y el deseo de los goces, que no ha hecho sino crecer durante este tiempo de continuas revoluciones por la falta de disciplina. No era en su seno adonde el soberano podía sacar alguna fuerza: no era allí donde podía encontrar sinceridad ni desinterés. No hemos podido olvidar que la primera palabra pronunciada por Monseñor Labastida, arzobispo de México, al volver á la capital de su patria desolada que no

había vuelto á ver durante muchos años, había sido preguntar si durante la guerra se habían respetado los olivares de su casa episcopal de Tacubaya. La cuestión de la Iglesia y de los fieles, se había borrado delante de la de las rentas. Maximiliano acababa, pues, de cometer una segunda falta capital. Desde el principio había cometido el grave error de apoyarse en personas hostiles al nombre francés, cuando pudo rodearse mejor. Ahora se dejaba arrastrar por las olas de una reacción contra la cual debían luchar los verdaderos conservadores y la mayor parte de una generación educada en los principios republicanos. Estos principios, levantándose contra el nuevo programa del trono, no debían tardar en surgir en todas las ciudades que el ejército francés entregaba militarmente para su defensa á las tropas imperialistas, al ir efectuando su evacuación.

Sin embargo, todo el primer período de 1866, se había dedicado por nuestros soldados á mejorar lo mismo que á completar la fortificación y el armamento de las plazas del interior, tales como Monterey, San Luis, Durango, Zacatecas, Guadalajara y Matehuala. Nuestros artilleros habían llegado á montar sobre las fortificaciones de estas ciudades, más de seiscientas piezas en buen estado, y ámpliamente municionadas. Pero estos trabajos de defensa, confiados sucesivamente á las tropas mexicanas, debían en lo de adelante ser impotentes contra el levantamiento del país irritado por la elección de los nuevos ministros, que destruía toda esperanza de un renacimiento liberal. Después de este golpe de Estado, el gobierno mexicano, desesperado, aceptó el 30 de Julio la nueva convención que reclamaba el gobierno francés. Por este contrato, ejecutorio desde el 1º de Diciembre de 1866, y sustitutivo del tratado de Miramir, la mitad del producto de las aduanas de Veracruz y Tampico se destinaba al pago de la deuda francesa. Maximiliano había firmado en esto un compromiso funesto, que

sabía que no podría cumplir sin ir á dar á la bancarrota nacional. Hubiera sido mas digno del emperador romper él mismo su corona, y retirarse dejando al gobierno francés la responsabilidad enorme de la situacion. Pero este soberano no sabia resistir á las seducciones de la magestad. Acaso esperaba el resultado de la mision de la emperatriz cerca de las cortes de Paris y Roma: esta era su única escusa.

Durante este tiempo, el ejército francés se replegaba segun el plan de evacuacion arreglado en tres plazos sucesivos. Para facilitar su movimiento retrógado, el mariscal maniobraba en los caminos del Norte, pronto á auxiliar á aquel de los dos gruesos cuerpos de operaciones que se viese amenazado. A la izquierda, la division de Castagny abandonaba poco á poco los vastos desiertos de la Sonora, los llanos de Durango y Zacatecas, y se posaba en León, que era su nuevo cuartel general. A la derecha, el general Douay abandonaba sus posiciones del Norte próximas á la frontera americana, y sus tropas, despues de haberse concentrado en el Saltillo, venian á plantar sus tiendas bajo los muros de San Luis, haciendo frente á las tropas de Zepeda, Pedro Martínez y Aureliano Rivera. La contraguerrilla francesa, que operaba en los alrededores de Matehuala, se preparaba á descender á la tierra caliente del Estado de Veracruz. Este vasto movimiento hácia atrás, descubria la zona de los Estados exéntricos, tales como Tamaulipas, Nuevo-Leon, Coahuila, Sinaloa y Sonora. Además de que así estaba prevenida por las órdenes de Napoleón III, esta concentracion hubiera sido prudente desde el principio. Maximiliano habia soñado un imposible queriendo conservar bajo su cetro inmensas soledades, y el cuartel general, á nuestro juicio, habia hecho bien resistiendo de una manera mas completa aún á los deseos de la corona, porque nuestras tropas surcaban á México como el navío

que hiende las aguas, dejando apenas detrás de sí la huella de su paso. Este movimiento concéntrico era tanto mas urgente, cuanto que segun las revelaciones dirigidas á Maximiliano mismo por el prefecto de Zacatecas, los liberales estaban por obtener la garantía de un préstamo de 50 millones de pesos de los Estados-Unidos. Para obtener este empréstito, los juaristas ofrecian venderles la Baja California. Gracias á estos socorros americanos, el general Ortega, con diez mil filibusteros, cien mil fusiles, cuarenta piezas de artillería y municiones considerables, debia entrar por Piedras Negras para dirigirse sobre Zacatecas. Cortina debia prepararse á atacar á Monterey y el Saltillo: Negrete habia prometido desembarcar en Tamaulipas, é internarse en la Huasteca, mientras que Corona bajaria sobre Culiacan. En apoyo de este plan tan bien combinado, nuestro cónsul en San Francisco, nos avisaba que el general Miller, colector de las aduanas de esta ciudad, acababa de autorizar el tránsito y desembarque de las armas y municiones enviadas á los disidentes mexicanos por los agentes oficiales de Juarez, mientras que el general Vega enganchara clandestinamente en una gran escala, á los soldados americanos licenciados, para enviarlos en pequeños destacamentos sobre la Sonora. Además, las provincias del interior necesitaban que se les contuviese firmemente en su deber. Casi todos los regimientos mexicanos estaban minados por los liberales: aun á sus mismos generales les hacia el enemigo proposiciones secretas. Algunos de ellos las oian: el general Quiroga, fuerza es decirlo en honor suyo, denunciaba estas maniobras al comandante francés. Tambien la desercion estaba á la orden del dia. Por ejemplo, el general López que mandaba en Matehuala, contaba un efectivo de 500 hombres: durante muchos dias faltó el sueldo; la contraguerrilla francesa, conmovida con la miseria de aquellos soldados privados de víveres y vestuario, les hizo préstamos

de su propia caja. Apenas estuvieron vestidos y pagados, en ocho dias defeccionaron trescientos de aquellos mexicanos.

Debia esperarse que se manifestara muy pronto la influencia del nuevo ministerio, celoso por vengarse de las medidas liberales inauguradas ántes de la llegada de Maximiliano á México, cuando el general en jefe habia declarado válidas las ventas de los bienes de manos muertas, salvo en los casos de adquisicion fraudulenta. Nuestro cuartel general, por su parte, no podia asociarse sino con disgusto á la política de una reaccion tan marcada, y enteramente contraria á las aspiraciones de la corte de las Tullerías, que se habia declarado por el triunfo de las ideas liberales, y esto, desde que tomó el mando el mariscal Bazaine. Encontramos la prueba de esto en una carta particular, dirigida por el emperador Napoleon al general Almonte, cuando este último presidia la regencia en México. Almonte habia sufrido por un instante la influencia reaccionaria de monseñor Labastida, el cual, por su parte, al reclamar los bienes del clero, habia pretendido hacer creer que estaba autorizado por la anuencia del mismo Napoleon III y de la emperatriz Eugenia: el emperador de los franceses se habia quejado confidencialmente á Almonte de esta actitud.

Al general Almonte, presidente de la regencia.

“Compiègne, 16 de Diciembre de 1863.

“Mi querido general:

“No he contestado hace mucho tiempo á las cartas que me habeis escrito, porque, lo confieso, no estaba muy satisfecho de la marcha de los negocios de México, y preferia que mi disgusto no os llegase directamente.

“En efecto, mientras que mi ejército esté en México, no permitiré que se establezca allí una reaccion ciega que com-

prometería el porvenir de aquel bello país, y que, á los ojos de la Europa, deshonraria nuestra bandera.

“Os escribo hoy para daros las gracias por el magnífico album que me habeis enviado. Es un recuerdo precioso para mí, y el bello trabajo de su relieve hace honor á la industria de vuestro país.

“Os suplico deis las gracias, tambien, de mi parte al Sr. D. José Salazar Harregui, ministro de fomento, por la dedicatoria que acompañaba este album, y que me ha conmovido vivamente.

“Espero que en este momento la Sra. Almonte esté ya á vuestro lado. Os ruego me recordeis con ella.

“Recibid, mi querido general, la seguridad de mi amistad.

· NAPOLEON.”

Así fué como habia condenado el emperador la reaccion clerical. El emperador de México por su parte habia contraído en Roma compromisos formales á favor de la Iglesia.

La entrada de los nuevos ministros debia ser la fuente segura de diferencias entre la Francia y México. No tardaron en abrirse las hostilidades entre la corona sometida á influencias fatales y el representante militar del gobierno francés. En aquellos momentos fué cuando tuvo el mariscal porque aplaudirse de haber ahorrado á México los rigores de un estado de sitio que hubiera sido terrible bajo la accion del fanatismo religioso!

La toma de Tampico por los disidentes, tan importante por los productos de su aduana, fué el pretexto para los ataques del ministerio, que se habia alucinado por un momento con que nuestra bandera, comprometida en un brusco conflicto con los Estados-Unidos, se encontrase de tal suerte empeñada, que la Francia, léjos de poder retirarse, se viese obligada á enviar nuevos refuerzos. Maximiliano se habia apercibido de que la política de las Tullerías tenia